

todavía, que en el otro misterio. Ningun cristiano dice, y ningun sacerdote asegura, que él *por sí* tiene esa habilidad, tan sobre sus facultades. Todos confesamos que tal potestad es de Dios, y que este divino Señor se la ha confiado: en este caso, ya no tiene vd. que responderme, porque todo se funda en que la criatura, *por sí*, no tiene facultad para ello; y eso todos lo confesamos; pero no puede vd. negar, que con la que Dios le da, lo puede hacer todo. Un pobre no tiene en sí caudal para hacer una casa que valga millones; pero un rico puede dárselos, y con ellos hace lo que le es imposible por sus cortas facultades y pobreza. Pueden ponerse sobre esto ejemplos muy bonitos.

*Directora.* De eso me alegro yo mucho; ya sabe vd. que me muero por ejemplitos. Póngame vd. el mas gracioso que pueda, y venga mas al caso.

*Luisa.* Iba yo á hacerlo así, antes que vd. me lo insinuara. Dígame vd. antes de todo, ¿estaria bien llamar titereros á los labradores cuando siembran el grano?

*Directora.* Hija mia, seria la mayor maldad y grosería zaherirlos con este ú otros apodos de tal clase.

*Luisa.* ¿Y tienen ellos por sí la virtud de que produzca y se multiplique el grano que echan en la tierra?

*Directora.* Ellos lo siembran, y despues crece y se multiplica en otros granos de la misma especie, por virtud que Dios ha dado á la tierra; aunque no podemos comprender cómo esto se hace.

*Luisa.* Pues en cuanto cabe, ahí tiene vd. lo que sucede en nuestro caso. Los sacerdotes no tienen de sí mismos el poder obrar tal prodigio; pero por la virtud que Dios ha dado á las palabras de la consagracion, pronunciadas por ellos, se convierte el pan y vino en cuerpo y sangre del Señor, para sustentar á los fieles, aunque no comprendamos cómo se obra este misterio.

*Directora.* Ese es el ejemplo mas al caso de cuantos pueden ponerse: como que los sacerdotes son los labradores á quienes toca sembrar y repartir el pan del cielo á los demas fieles. Por eso mismo, su carácter y tan sublimes facultades, que no pierden por pecadores é indignos que sean, son muy acreedores á nuestra veneracion y respeto: lejos de nosotras esos apodos, insultos y denuestos con que algunos los injurian y maltratan para movernos á despreciarlos, y si fuera posible, descatolizar á los fieles.

*Pepita.* Por eso les pido yo la mano para besarla cuando los encuentro.

*Maestra.* Yo creo que con el ejemplo de Luisa, nada tendrá vd. que desear, señorita.

*Directora.* De suerte que recurriendo á Dios, nadie niega que todo es posible y que puede enriquecer á las criaturas, ó valerse de ellas para obrar los mayores prodigios; ¿pero la parece á vd. que iria Dios á dar á los hombres unas facultades que no dió á los ángeles ni á su Santísima Madre? ¿Ni que la indignidad de los hombres merecia una potestad tan sublime? ¿A qué venia tampoco darles esta potestad?

*Luisa.* Confesamos ingenuamente que no merecia ningun hombre semejante potestad, por tanto que fuese.

*Maestra.* Y mucho menos el que se quedase con nosotros hasta la consumacion de los siglos; pero fué tal su grandeza en esta parte, que hizo cuanto pudo para ennoblecer la religion que fundó y quedarse con nosotros sacramentado, para acompañarnos en este destierro, consolarnos, y lo que es mas, alimentarnos con su propio cuerpo y sangre cuando queramos recibirle. Si no dió á su Santísima Madre la facultad que á los sacerdotes, nadie tiene que hacerle cargo en el reparto de sus

gracias, las que da á quien quiere y como quiere; quanto mas, que bien recompensada estaba, digámoslo así, de esta gracia habiendo encarnado en su vientre y haciéndola Madre suya. Tenemos á mas de esto, que ni esta Señora, ni los ángeles, están entre nosotros en forma visible; por lo que fué mas conveniente hacer á los hombres ministros de este y los demas sacramentos que habian de administrársenos.

*Directora.* Esta bien: vamos, Maestra, que esto va en grande.

*Severa.* Señorita, ayer, cuando salia yo del jubileo de las cuarenta horas, encontré al hermano de Luisa, y tuve con él una quimera de las buenas.

*Luisa.* Lo fué contando á casa: iba muy enfadado, diciendo se habia vd. desvergonzado con él.

*Severa.* Porque me las dijo y se las respondí: á mí no me vengan con esas; lo que tengo de buena por bien, tengo de mala por mal: apenas me vió salir de la iglesia, me dijo que se conocia era yo de esta Amiga, por las tonterías que aquí enseñaban; que para encomendarse á Dios, no era necesario ir á la iglesia, que Dios estaba en todas

partes y que lo hacíamos por andar de bureo todo el día.

*Directora.* ¿Y no le respondió vd. lo que era debido, haciéndole ver que siempre ha sido el templo el lugar propio de oración?

*Severa.* Vaya si le respondí: á buena parte vino; lo que yo quisiera, que todos los que dicen esas cosas vinieran á mí; yo les aseguro que como vinieran una vez, no habían de volver otra. Le dije que Dios estaba en todas partes, pero que hecho hombre no; que así lo estaba en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar; que en casa no estaba concedida la indulgencia plenaria; que allí se rezaba con mas devoción y se daba buen ejemplo á los demas, con otras cosas que ahora no me acuerdo; y por último, que á él no le tocaba meterse en cosas mías, que si no estaba diciendo á todas horas *libertad, libertad, para hacer cada uno lo que quiera.*

*Directora.* Eso estuvo bien traído, porque le batió vd., como suele decirse, con sus propias armas.

*Severa.* Lo que sintió mas que todo, y por lo que se puso hecho un perro, fué porque le dije que si supiera la doctrina cristiana, ni él, ni los que eran como él, dirían tantos disparates.

*Directora.* Eso le picaría mucho. Es necesario que en las disputas no se arrebatén vds. de suerte que manifiesten enfado á las personas; procure vd. tener algo de severa y pia.

*Prudencia.* Por eso decia el otro día la señora Maestra, que todas nos habíamos de llamar Severas y Pías.

*Maestra.* No fué eso lo que dije: lo que dije fué, que todas vds. habían de ser severas y pías en la conducta que observasen con los demas, por malos que fuesen: es decir, que con las malas acciones habíamos de ser severas, y con las personas, pías ó piadosas; en una palabra, como dice el proverbio: *odio al delito, y amor al delincuente.*

*Directora.* Estó es; y eso es cabalmente lo que han de tener muy presente para con todos por muy malos que sean: ¿entiende vd., Severita?

*Severa.* Bien lo entiendo, señorita; pero me dió tanto enfado de que ví que á nadie deja hacer cosa ninguna, aunque sea buena, y él para todo quiere tener libertad, que no sé qué me haría si me dejase llevar de mi genio.

*Directora.* Es verdad; para esos casos es necesario esté vd. muy prevenida y armada de paciencia, y de presencia de Dios.

*Severa.* Tiene vd. mil razones: despues que pasa el enfado, lo siento; pero por el pronto soy capaz de hacer un disparate.

*Directora.* Cierto, cierto: *no es lo mismo predicar que vivir bien*: mucha dificultad añade lo uno á lo otro; però con la gracia de Dios todo se puede. Volvamos al objeto principal de la conversacion en que estábamos de la existencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

*Teodora.* ¿Es verdad, señorita, que son judíos los que no se ponen de rodillas cuando levantan la hostia?

*Prudencia.* ¿Y los que juegan y hablan en la iglesia?

*Directora.* Si no lo son, se parecen mucho, hijas mias.

*Maestra.* Se ha hecho reflexion de todo en las esplicaciones sobre la real presencia de Jesucristo, la veneracion que se debe á la Sagrada Eucaristía y respeto á los templos: se procura tocar todo lo mas extraordinario que hace al caso, y no se puede vd. imaginar con el gusto que lo oyen y lo que les confirma en las esplicaciones.

*Directora.* Ello es que sin querer, no solamente nos ha convencido la Luisita, sino que nos ha convertido en otros tantos apóstoles de su doctri-

na; pero en medio de todo esto, no quiero irme á casa con un escrupulillo ó réplica, que no la he hecho, porque me parecia que no habia de hallar salida para tanto.

*Luisa.* Pues yo suplico á vd. tengamos el gusto de saber cuál sea. Si tenemos en el particular bastante instruccion, tendremos la satisfaccion de responder; y cuando esto no sea así, tomaremos de ello motivo para instruirnos y habilitarnos.

*Directora.* Nada digo contra la real presencia de Jesucristo sacramentado, porque mas seria obstinacion que duda, hacer réplica contra lo que vd. ha dicho tan oportunamente; pero ¿podrá vd. del mismo modo convencernos en cuanto á estar en los pedazos de una hostia, tan entero como en ella antes de partirla?

*Luisa.* Tanto para esa réplica, como para todas las de su clase, bastaban las razones que dí á vd. arriba, haciéndola ver que no habiendo contradiccion, por mas que sea sobre nuestra razon, basta que Dios lo pueda hacer, y él mismo nos haya dicho que es así, aunque no lo entendamos.

*Directora.* Es ciertísimo: tengo muy presente en lo que se distingue el misterio, del delirio ó contradiccion; ó ser una cosa sobre razon, y ser contra razon: de lo contrario, tendria que caer en

las increíbles contradicciones en que cayó Rousseau y todos sus secuaces; pero así como respecto á cuanto llevamos tratado, nos ha puesto vd. aquellos ejemplos tan claritos, ¿no podría vd. ponernos alguno sobre este punto?

*Luisa.* Nunca puede hacerse ver como ello es en sí, lo que está sobre nuestra capacidad; pero sí cabe comparar cosas muy altas á pequeñas y las de Dios á las de los hombres: sin mas que mirarse vd. á un espejo, saldrá de su dificultad.

*Directora.* Infinitas veces me he mirado, y no he visto en él lo que á vd. pregunto.

*Luisa.* Pues cuando vd. quiera, puede hacerlo: mírese vd. en un espejo y hallará una sola figura de su persona; hágale vd. dos pedazos y verá dos figuras inmediatamente; hágalo media docena ó una de pedazos, y hallará media docena ó una de figuras de vd., pues en cada pedazo verá vd. su imágen: del mismo modo es la multiplicacion de la presencia de Jesucristo en los pedazos de la hostia partida.

*Directora.* Hija mia, no puede vd. imaginarse el placer que me ha dado y el rato tan gustoso que hoy he tenido: bien merece vd. que la dé un beso y el premio que la estoy previniendo desde el primer dia que traté de examinarla.

*Luisa.* Señorita, si en el particular hay algo de mérito, todo es debido al celo de la señora Maestra, que tanto cuida de nosotras, y al empeño que se han tomado en instruirnos sobre los motivos evidentes de nuestra creencia, y certeza de nuestra santa religion.

*Maestra.* Tengo experimentado que los ejemplos son los mas á propósito para hacerme entender en las esplicaciones que les hago sobre estas materias; y varias veces me he acordado de aquello que nos dice el santo Evangelio sobre las instrucciones de nuestro divino Salvador, cuando asegura que en cuanto hablaba usaba de parábolas, ejemplos ó semejanzas.

*Directora.* No hay duda: yo misma estoy asombrada de lo que oigo y lo que veo en la Amiga; cuando oí á Luisita los vaticinios de los Profetas, relativos al Mesías, y los hechos que en todo lo confirmaron, me parecia no cabia en su capacidad una relacion tan instructiva, exacta y completa como dió de todo ello: ciertamente quedé muy sorprendida.

*Maestra.* En cuanto á eso, me valí, como dije á vd., de unas leccioncitas de memoria en los mismos términos en que se produjo. Fuera de estas y alguna otra se hacen instrucciones de conver-

sacion familiar, que les manifiesta todo con la mayor claridad: á esto se añade el gusto que tienen en entenderlo, y nosotras el placer al ver lo que adelantan de este modo; es aun mayor trabajo el hacerlo rutinalmente. Lo cierto es, señorita, que las niñas están deseando llegue el dia y la hora en que por este estilo se las instruya en materias tan esenciales.

*Directora.* ¿Y quién habrá que al ver esta prueba con tan felices resultados no se proponga el mismo método, y se llegue á generalizar en todas las Amigas de México, con estension acaso á las de toda la República?

*Maestra.* Lo tengo por muy probable, con las ventajas de perfeccion que podrán añadirse á lo que no está mas que experimentado en sus principios.

*Directora.* Gloria eterna seria en este caso para nuestra Amiga gratuita y para su virtuosa fundadora.

*Maestra.* Así Dios lo quiera. Niñas, sigan vds. aplicándose, y dándole gracias por pertenecer á un establecimiento tan laudable por todos conceptos.

*Niñas.* Si señora, sí señora; así lo haremos: ¿pero por qué se levanta la señorita y no está otro tantito con nosotras?

*Directora.* Bastante ha sido: queden vds. con Dios, hasta mañana, si estamos para ello.

*Niñas.* Haga vd. lo que pueda por venir, señorita.

*Pepita.* Oiga vd. lo que dice Luisa, antes que vd. se marche.

*Directora.* ¿Qué tenemos de nuevo?

*Pepita.* Dice que si un sacerdote se muriera después de consagrar la hostia, sin consagrar el cáliz, que aquello no seria misa: ¿es verdad que sí?

*Directora.* No, hija mia: tiene razon Luisita: seria sacramento, pero no misa.

*Pepita.* Pues qué, ¿no se convertiria en cuerpo y sangre de Cristo? ¿ó era porque no se convertiria mas que en cuerpo, por no consagrar el vino tambien?

*Directora.* Se convertiria en cuerpo y sangre del Señor, pero faltaba la significacion de haberse separado la sangre del cuerpo en su preciosísima muerte, lo que se hace consagrando bajo las dos especies en la misa. En este caso, deberia consagrarse el vino por otro sacerdote para que fuese sacrificio y no solo sacramento.

*Pepita.* Pero no porque en la hostia no haya sangre, y en el cáliz no haya tambien cuerpo

de Cristo, despues que lo han congrado, ¿es verdad?

*Directora.* Eso es, hija mia, porque la misa no es sacrificio sangriento como la pasion del Señor, en que se separó uno de otro; es sacrificio incruento, en que no se separa mas que en el modo de representarlo, que es consagrando en pan y vino. ¿No habia vd. tocado este punto, Maestra?

*Maestra.* Se ha tocado tambien; pero no ha sido tanto, que la Pepita y otras como ella, lo hayan entendido como Luisita y las de mayor edad.

*Directora.* Me alegro; seguramente hubiera sentido que se la hubiera á vd. pasado. Vaya, queden vds. con Dios, que es tardesito.

*Pepita.* Vaya vd. con Dios, señorita; muchas gracias.

